

## CAPITULO V.

DE LA MALA SITUACION EN QUE SE ENCONTRABAN LOS DOS CAPITANES  
DE LOS HERMANOS DE LA SELVA.

### I.

La noche era muy apacible, brillaba clarísima la luna, y producía un magnífico efecto en las colinas, en los valles, en los horizontes, dejando ver de trecho en trecho un trozo de cinta ondulada y brillante, que no era otra cosa que la escasa corriente del Orvigo.

El ejército marchaba en silencio, porque tal órden habia dado Guzman el Bueno, que le mandaba en jefe, por delegacion del rey, y á Guzman el Bueno se le obedecia.

No cantaba, pues, un solo soldado, ni se oia otra cosa que el ruido de las herraduras de los caballos, muchas veces sobre piedra viva, y el crujir de los arneses, lo que á lo lejos producía un rumor seco, extraño, que á nada podia compararse, semejante solo al de una gran serpiente de acero que se deslizase sobre piedra.

## II.

Zayda Fatima iba poseida de una inquietud mortal: marchaba á la derecha de la litera de la reina; á la izquierda, marchaba Guzman el Bueno; algo atrás, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, abandonadas las riendas, dejando ir á su placer á su caballo, iba el conde don Lope con su blanca sobre-vesta de luto.

El conde habia sufrido mucho, habia estado tres meses á la vista de Paredes, habia asistido á mas de un asalto.

Dentro de Paredes estaban su mujer, su hija y su nieto, que le creian muerto, y que acaso le habian olvidado.

Este pensamiento habia amargado el corazon del conde, que por mas que habia prescindido del mundo, renunciado á sus antiguas traiciones, convirtiéndose y consagrándose al servicio de la viuda y del hijo de aquel rey don Sancho, contra el cual habia levantado la mano alevosa, no podia desoir el grito de la sangre.

## III.

Y tan poderoso fué este, tal deseo sintió el conde don Lope de ver á su esposa, á su hija y á su nieto, que, esponiéndose á todo, una mañana, apenas alboreaba, se fué con su hábito de monje delante de la puerta Real de la villa, que era la mas fuerte, y dijo que era un benedictino de Leon que tenia que revelar grandes cosas á doña María de Haro, que gobernaba la villa.

Como un fraile solo no era terrible, y habia prometido grandes revelaciones en momentos de grave conflicto para la villa, y entonces se creia que todos los religiosos estaban iluminados por el Señor, franqueóse la puerta Real para don Lope, que entró en la villa.

Cierto es que los de adentro pudieron suponer que bajo aquel hábito se ocultase un espía; pero en aquellos tiempos, un hábito era un salvo-conducto, con el cual se iba con seguridad por todas partes.

Podia decirse entonces de los hábitos lo que ahora se dice de las banderas en la esfera del comercio: el pabellon cubre la mercancía.

## IV.

Don Lope fué recibido en Paredes con un profundo respeto.

Su ancho hábito negro de gruesa y magnífica plegadura, su continente grave, su blanquísima barba, que asomaba luenga bajo su capuz completamente calado, hasta el punto de no vérsese ni una parte del semblante, le daban una apariencia completamente venerable.

## V.

En el pequeño alcázar de la villa encontró el conde á su esposa doña Juana de Molina y á su hija doña María de Haro, que tenia junto á sí á su hijo don Lope, niño de poca edad.

Doña Juana era una hermosísima matrona, como de cuarenta y dos años, hija mayor del infante don Alfonso de Molina, padre de la reina doña María, hermana menor de doña Juana.

Al verla don Lope tranquila, infatuada por aquello de ser madre de la reina de Leon, como se llamaba doña María, en un estado de morbidez admirable, sonrosada, viviendo bien en una palabra, se le oprimió el corazon.

Habia sido de todo punto olvidado: no podia dudarlo.

Su hija doña María, jóven como de veintidos años, casada algunos antes con el infante don Juan, era tambien muy hermosa, y miraba á su padre, sin conocerle, con estrañeza.

El nieto miraba al abuelo con miedo, por lo cubierto de su semblante, por su larga barba blanca y por su hábito negro.

## VI.

—Y bien, ¿qué teneis que revelarnos, padre? le preguntó doña Juana de Molina.

El conde habló con su voz natural, seguro de que se le habia alterado tanto con los años y los sufrimientos, que no era posible le reconociesen los suyos.

—¿Estais segura, dijo, señora, de que no ofendeis á Dios manteniendo levantada bandera contra vuestra hermana la reina doña María y vuestro sobrino el rey don Fernando?

—Ni ella es reina, ni él es rey, contestó con desden doña Juana: casóse ella por ambicion con el rey don Sancho, y el rey don Sancho con ella por amor, por una pasion desordenada: Roma les negó la dispensa; manceba fué, que no esposa de mi sobrino el rey don Sancho, y los hijos que de este amancebamiento han nacido, son bastardos, por lo que don Fernando no puede ser rey: el rey legítimo lo es mi sobrino don Juan, marido de mi hija la reina doña María.

—¿Y de nada os sirve, dijo sin irritarse el conde don Lope, el ver que los reinos del rey don Sancho han reconocido como mujer legítima de su difunto rey á vuestra hermana doña María y han aclamado por su rey y señor natural á su hijo don Fernando?

—¡Ah, sí! contestó, dejando ver una sonrisa sardónica doña Juana; doña María es mañera, hipócrita, la ambicion la alienta, halaga á los unos, da mercedes á los otros, y puede decirse que

entre mercedes y donativos, ha dado á todos los que la defienden el reino de que se llama rey su hijo.

—¿Y quién tiene la culpa de que se vendan los altos señores y no pueda contarse con ellos si no se les compra? Y sin embargo, pudieron venderse á otros: el infante don Juan no dejaria de pagar bien caros á esos señores.

—¡Ah! no habéis de eso, padre, exclamó irritada doña Juana: á quien se debe que el infante don Fernando se llame todavía rey de Castilla, es á ese traidor de mi cuñado, don Diego Lopez, que mas que á doña María y á don Fernando defiende el señorío de Vizcaya, que ellos le han dado, y que no le daria mi sobrino el rey don Juan, porque ese señorío pertenece de derecho á mi hija la reina doña María: de otro modo, ni don Diego Lopez de Haro fuera legítimo señor de Vizcaya, ni á su hermano don Juan Alfonso se hubiera dado el señorío de los Cameros, que tampoco consentiria le tuviese el rey don Juan, porque ese señorío es del patrimonio de la corona de Castilla; no defenderian ni á doña María ni á don Fernando, como no los defiende don Juan Nuñez de Lara, que está con nosotros.

—La pasion os ciega, señora, y os olvidais de Dios, contestó el conde don Lope.

—¡La pasion! ¿Y creéis que no tengo razon para aborrecer al difunto rey, á doña María y á don Fernando? ¿No sabeis que mi hijo murió defendiendo el señorío de Vizcaya, perdido por la cobardía de su padre el conde don Lope?

—Dejemos en paz á los muertos, madre, contestó friamente doña María de Haro.

—¡Los muertos! ¡los muertos que han dejado tras sí tan funestas consecuencias! exclamó doña Juana: ¡cobarde! tuvo mil veces en su mano la cabeza de don Sancho, y no la tomó; se confió néciamente en lo que creia que con el rey podia, y engañado por el rey, murió miserablemente en Alfaro, causando la ruina de su familia y la guerra civil. ¿Pues qué seria del infante don Fernando y de su madre si no los amparase el poderoso señor de Vizcaya? Pues qué, mi hijo, si no hubiera muerto defendiendo su derecho, ¿hubiera reconocido nunca por rey al usur-

pador, como le ha reconocido y le reconoce por lo que le conviene mi cuñado don Diego Lopez? ¡Ah! no, guerra á muerte, sin tregua y sin fin, si es que Dios no quiere que esta guerra tenga fin, dando al rey don Juan su herencia: en cuanto á mí, el mundo me exige, si no mi corazon, que vengue la muerte de mi marido; mi alma entera que cobre la sangre de mi hijo, y no cesaré de aconsejar al rey don Juan que no ceda, y que muera antes que volver á besar la mano á aquel que le usurpa la corona.

## VII.

A punto estuvo de descubrirse el conde don Lope, de aterrarse á su mujer y á su hija, pero se contuvo.

Habia muerto para el mundo en Alfaro, y no queria volver á aparecer ante el mundo.

Devoró la inmensa amargura que le causó el odio á su memoria de su mujer y de su hija, y salió de su presencia murmurando:

—Si los muertos, despues de algunos años de su fallecimiento, volviesen á la vida y buscasen á su familia, se tornarian á la tumba desesperados: el hombre está solo sobre la tierra; no tiene á nadie mas que á Dios.

## VIII.

Esta amargura del corazon, de la que no habia podido curarse, y que tal vez era la mayor de las espiaciones del conde don Lope, era la que le llevaba cabizbajo, meditabundo, sufriendo un martirio, detrás de Zayda Fatima, abandonadas las riendas de su caballo.

## IX.

En cuanto á Zayda Fatima, sentia una tentacion formidable de avanzar su caballo y de acercarse á Guzman el Bueno, que iba á la izquierda tambien muy pensativo, algo avanzado de la litera de la reina.

Se contenia, sin embargo, Zayda Fatima.

Una especie de embriaguez, de locura iba invadiendo su cabeza.

La abrasaba el corazon aquel supuesto paño empapado en las lágrimas de la mártir Santa Eulalia.

Se sentia débil, impotente para resistir á la poderosa atraccion de Guzman el Bueno.

Zayda Fatima lloraba bajo su antifaz.

Su alma sentia una corriente de amarguísimas lágrimas.

Pensaba en su desventura; mejor dicho, la sentia de una manera terrible, y buscaba su causa, tal vez en alguna maldicion de Dios sobre su familia: que ella habia sido siempre buena, caritativa, pura: ¿por qué era tan desventurada?

## X.

A las dos horas de marcha, sin saber cómo, sin poderlo evitar Zayda Fatima, por una especie de indolencia de la voluntad, su blanco y magnífico corcel avanzó, y la puso al lado de Guzman el Bueno, hasta el punto de que chocaron los pernales de las armaduras de ambos personajes.

Guzman el Bueno se volvió, y se estremeció de los piés á la cabeza al ver junto á sí á Zayda Fatima; él, que no se estremecia por nada; él, que habia tenido el bárbaro valor de arrojar desde la torre del Cubo de Tarifa el cuchillo con que fué muerto su hijo don Pedro.

## XI.

Desde el momento en que Zayda Fatima, llegando á los reales, se habia presentado á la reina, junto á la cual estaba Guzman, este, á pesar de las armas, del talante marcial y del antifaz que encubria á Zayda Fatima, la habia reconocido, por uno de esos misteriosos impulsos del corazon, de que no podemos darnos cuenta.

Zayda Fatima habia sido la gran desgracia de Guzman el Bueno.

Desde el momento en que la encontró al pié de las escaleras del Alcázar Viejo de Toledo, la noche en que moria el rey don Sancho, Zayda Fatima le hizo sentir su poderosa influencia, de la que á despecho suyo no habia podido libertarse.

Guzman el Bueno lo era verdaderamente, no cabia en él ni aun el pensamiento de una traicion.

Ahora bien, si se hubiese dejado arrastrar por la poderosa influencia que involuntariamente habia ejercido sobre él Zayda Fatima, hubiera hecho traicion á su esposa; á aquella noble compañera que no habia vacilado en seguirle á Africa; á aquella mártir que habia partido con él el horror del sacrificio de su hijo; á aquella gran mujer que le amaba con toda su alma, y sobre todo despues de Dios, con cuyo amor cumplia amando mas que á sí misma á su marido.

No podia ni aun suponerse tan mal hecho en Guzman el Bueno, pero no conservó intacta su virtud sin un enorme sacrificio.

No habia dejado de amar á su buena y hermosa doña María Alfonso Coronel, ni su amor hácia ella habia empalidecido ni aun levemente, á causa de la fascinacion que le causaba Zayda Fatima, y que era tal y tan poderosa, que fué bastante para que con un pretexto se alejase de la córte, temeroso de que su pasion creciese, dominase la conciencia de su deber, y le arrastra-

se á la mala accion de decir amores á una noble y honrada dama que no podia ser su esposa.

Zayda Fatima era para él ese arcángel de fuego que llena todas las aspiraciones de nuestro deseo, si los encontramos sobre la tierra.

Ese imposible adorado y tentador que acaba por enloquecernos.

Guzman el Bueno tuvo miedo por la primera vez de su vida, y huyó.

Pero las circunstancias habian hecho que la reina le necesitase de una manera grave, y su lealtad trajo á Guzman á la córte, esto es, al peligro, porque aunque Zayda Fatima, como dama de la reina, habia desaparecido, estaba junto á ella bajo la apariencia misteriosa del caballero del Aguila Roja, á cuyo incógnito y á cuyo silencio se habian acostumbrado todos, porque eran muy frecuentes en la Edad Media los caballeros ascéticos, que por piedad ó en penitencia de algun gran pecado, se encubrian, y de nadie se dejaban ver el rostro, ni con nadie hablaban, sujetos á un voto solemne.

## XII.

Hay entre dos que se aman con toda la intensidad del amor, que no todos los que pasan por la vida sienten, algo misterioso é inesplicable que les hace conocerse, sentirse, aunque estén encubiertos, aunque no se vean; son un alma partida en dos, que tiende á unirse, á pesar de todos los obstáculos, de todos los sacrificios.

Es este amor la gran felicidad de dos séres, el reflejo sobre la tierra de la gloria, cuando no existen contrariedades que dificulten una union legítima; y la gran desgracia, la desgracia suprema, cuando esta union no puede realizarse porque el amor de raza pura es altivo, soñado, poético, no transige con nada de lo que el mundo y la moral reprueban.

En esta última situación se encontraban Zayda Fatima y Guzman el Bueno.

Cuando ella se acercó á la tienda de la reina la primera vez que fué á visitarla en los reales, presintió á Guzman.

En efecto, Guzman estaba al lado de la reina.

Cuando Guzman vió al caballero del Aguila Roja, conoció á Zayda Fatima.

La buena doña María se estremeció y se entristeció.

Habia visto cruzarse una involuntaria mirada de fuego entre sus dos mas leales servidores, y procuró que no volviesen á encontrarse.

El campo de Zayda Fatima estaba separado por una gran distancia del de la reina.

Cuando se combatia la villa, si Guzman acometia por un lado, el caballero del Aguila Roja tenia órdenes de acometer por el opuesto.

No habian vuelto á verse Guzman ni Zayda Fatima: habia cuidado de evitarlo la severa y previsora doña María.

## CAPITULO VI.

DE CÓMO, SEGUN LA OPINION DEL EJÉRCITO, LA REINA DOÑA MARÍA IMPIDIÓ QUE GUZMAN EL BUENO Y EL CABALLERO DEL AGUILA ROJA SE COMBATIESEN EN BATALLA CAMPAL.

### I.

La fiebre devoraba á Zayda Fatima.

La embriaguez del amor la dominaba; así es, que se olvidó de su silencio, de su situación, y al chocar con Guzman el Bueno, dijo, olvidándose hasta de que habia cambiado aparentemente de sexo:

—Perdonad, iba distraida.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Guzman el Bueno: gracias, señora.

—¡Ah! exclamó Zayda Fatima conociendo tarde su olvido: ¡no sé lo que pasa por mí!

—Descuidad, descuidad, señor capitan, dijo Guzman el Bueno, que vuestro secreto no lo era ya para mí; y si continuó tratándoos como vos quereis que se os trate, es por evitar que el viento arrastre alguna de nuestras palabras que puedan descubriros.